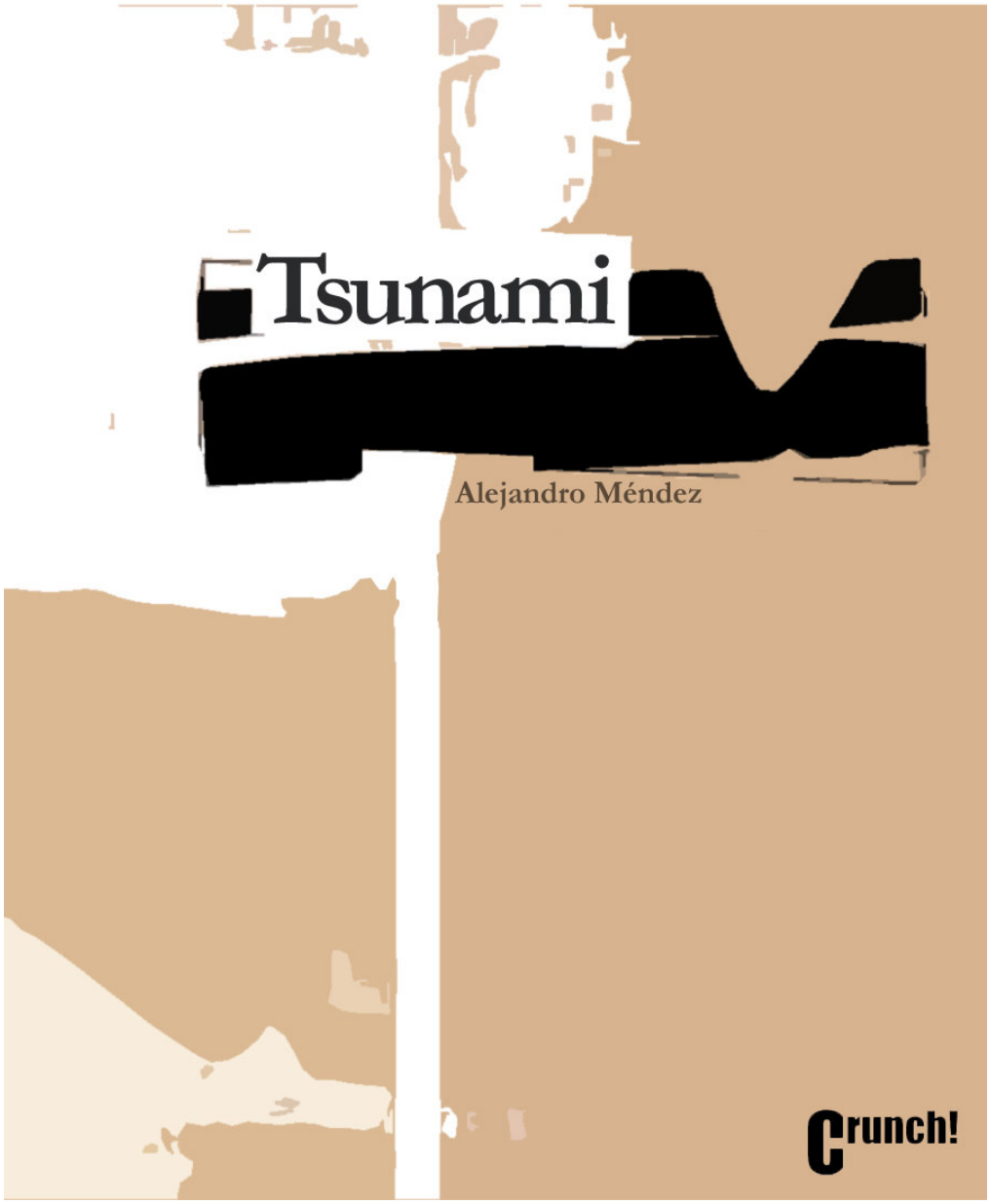
Tsunami
Alejandro Méndez
Crunch!

ALEJANDRO MÉNDEZ : TSUNAMI

Alejandro Méndez

Tsunami

Crunch!

© 2004, Alejandro Méndez
D. R. © 2005, Crunch! Editores
Arista 1443, Segunda Sección
21100 Mexicali, B.C.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Brillando
los bordes
de espuma,

invaden de
impaciencia

la aparente
opacidad

del mar.

Exhalo

palabras
brutales,

azahares
ínfimos,

que cobijan

la noche
por venir.

Este es el paisaje con
cielo que querías ver, el
sol
—decías— traslada
pequeñas porciones de
espíritu.

Podríamos caminar toda
la tarde, arrastrando
hojas secas.

Creés que la salvación
viene en alto y que nada
la detendrá.

—Tendrás tu destino—
dijiste, pero yo prefería
insistir en la perfumada
vacuidad de la ciudad.

Nadie conoce las
razones del viajero.

Aunque caminara y
caminara, sólo escucharía
el rumor del mundo.

Podría demostrar
la perfecta inutilidad
de todo esto.

Infinitas variaciones
otean desde su laberinto.

—No es bello el
espectáculo—

Las magníficas palabras
dispuestas para
desenterrar
las migajas dispersas,

y la inutilidad perfecta
de esto:
su todo.

Recibo un saber
nuevo:

anido en el vientre

luminoso

del que no

soy.

No podría cerrar los ojos
y desprenderme,

desasirme del débil
hilo que sostiene.

No sabría hacerlo.

¿Cómo asistir a la
inversión
de la materia?

Será ausente el cadáver
exquisito y mendaz.

Todo como lujo de
redención
será obsequiado,

(incluso esta luz
fragmentada en millones
de
lucecitas voraces.)

Si fuera necesario
abandonar
el torrente de la sangre

si fuera absolutamente
necesario,

no sabría hacerlo.

Vive cada respiro entero el
hálito entrecortado de
atardeceres, edificios y taxis.
Exhala sonidos pueriles,
pequeñas manifestaciones de
vida, endebles presencias
fugaces. ¿Cuál es el recorrido?
Nadie presta atención, ni oídos
ajenos, ni risas acuden; sólo
esperar cabizbajo la piedad de
la noche, y el refugio de hojas
brillantes como faros
inaccesibles. Suspende el alma
su trabajo
infatigable. Mora ociosa en los
intersticios lunares al parpadeo
mecánico de los semáforos.

Coraza por piel

y cicatriz como bálsamo.

Astillas podridas de otro Gólgota.

Este es el sacrificio:

está allí,

en el hijo,

y en sus pies inertes

que beso.

Destroza esta ilusión
que habita mi carne,

restitúyeme a la ligereza
de lo sombrío.

¿Qué es lo que
tiembla
y no
repite su
espasmo?

La fórmula
permanece ajena
a quien inmolara
su propia cáscara.

Esterilidad
de la
pasión.

Ya no sangra
ni palpita, el
muerto en vida.

—Honorable cadáver
perfumado
por la traición.—

No debiera existir,

sin embargo golpea
en el estómago.

¡Callarse!

Que no nos sea dado
hablar.

Líbrame
de cualquier infierno
y de todo paraíso.

Como un lamento,
ese hablar,
bajo y grumoso
al alba vegetal,
en el grano
del rezo.

Culpa que
es
azote y fuego.

Esa profundidad,
relieve gozoso
de sangre escanciada
como vino exquisito,
hiere y es herida
amantísima.

Hunde cuchillo el grito.

Ahueca la piel.

Mare mágnum
acéfalo.

diosito.

Leerías en las
pupilas
la leyenda
atroz
del mundo.

Y más:
“secretos como bayas
amargas”.

Sólo verías
las cosas como
en un friso.

Esto es:
estarías ante
el esplendor malsano
de los hombres.

Cada día
repite en piedra
tu divino olvido.

Un dios pequeño,
entreverado en el oro,
teje admoniciones
e imanta el filo
de la serpiente
que retuerce mi lengua:

palabras
de alfabetos oscuros.

¿Como pérdida o
destreza?

Solar,

el secreto castigo
de voces plegadas.

Señor

destino de lápida
y huesos porfiados.

¿Quién se queda?

Porque alguna vez
tuve un padre,
y tuve también la
imaginación de
los hijos.

Natal fortuna silenciada.

Obsolescencia de los
frutos.

Exijo el rescate
de unos sonidos,
unas manos.

Escribo trazos tardíos,
como hijos cautivos.

Quien robara el
cetro
no huyó,

fue anticipo milagroso
de la vida mineral
prometida.

Quien callara
la herida
esgrime las innumerables
razones del adiós.

Permanece salvaje.

Sólo leves sílabas
pulmonares.

Plumas del destierro.

Rescata las coordenadas
improbables del edén.

Ingrávidos suspiros,
regresan al barro circular,
para arder en capillitas
locales.

Brillan, en el fondo,
tus ojos,
en profundidad absoluta.

Tus lágrimas no alcanzan,
ni los aullidos
intimidan al lobo.

Maldigo al dolor
y su prestigio.

Esto vi:

Mareas humanas como
enjambres.

Tsunami.

Su propio centro, sostén.

Precaria morada de
vértigos.

Los ojos llenos de
ese torbellino fugaz.

Como viento
desmalezando
irrepetibles deseos.

Pétalos inasibles
de dulzores plenos.

Salvo el pellejo
protegido por una belleza
infantil.

¿Podría dar, aún,
alguna flor
exótica?

La vista requiere
ropajes intensos,

acrobáticos centelleos
espiralados.

La curiosidad del ojo
enhebra fulgores y
sentidos,
 para inicialar
brevísimas frases
visuales.

Ejecuta
la danza incierta
de la luz.

Abdica una
nobleza
no suya.

Si vive:
¿en qué vive?

En cada
caída
resigna
la luz

su brillo.

¿Quién osará recordar
el triste pleonasmo,
de una tarde de invierno;
tomando té
y limpiando azulejos?

El río,
volumen de agua,
borró la huella,

la estela en el día.

Sólo luna
es frío
el flotar de la seda.

El cauce orada la
tierra.

Sacio la vista
en el horizonte:

ese dios visible.

Así de luminoso
debiera ser
el día, el
último.

El intento fue bueno,
y tal vez necesario.

Abrí aquello que nunca
había visto la luz,

y dije algunas
pocas palabras,
triviales,
de circunstancia.

Como para
olvidar
que el fuego
ardía,

y contra toda
previsión
no se extinguía.

El ciruelo del patio
se yergue
añoso,

mientras que
la pesada
tijera
corta las ramas,

y

el olor a savia
viene de tus
manos.

Ves aquellos olivares
erguirse en tierra estéril.

Sacan provecho
de la bendición azarosa
del sol y amarran sus raíces
a la tierra.

Esos olivares magníficos,
callan el secreto
y lucen la liviandad
del día.

Soy mi rey y sueño rápido.

Breve rayo
de luz,
como monedas
de plata
cayendo.

Alimentándose
de la generosidad
del día,

solo,

la lluvia lavando,
su carcaza de navío
abandonado.

La aridez
sin pena
o
irreductible
de lo real,

encuentra
la palabra
ilegible,

bajo la luz
mortecina
de lo que
fenece.

La mesita de luz
alberga un apretado mapa,
donde constelaciones
de medicamentos
horadan el pequeño jazmín,
puesto en aquel vaso de cocina
simple y gastado,
que a manera de acuático eco
recibe el impacto
de tu débil respiración,
por momentos entrecortada
y terrorífica,
que crispa la llama
de la pequeña estufa
de la habitación.

Las letras grandes y prolijas
anuncian el nombre
salvador del remedio,
siempre la cajita blanca
con sus bordes ajados
por el continuo
sacar y poner el frasco,
apenas alguna raya de color
atraviesa su diseño gélido
y hospitalario.

Como recorriendo
el principio
y el fin: A Z T.

Su presencia
quiere ser aquella
de los extremos
que abrazan tu cuerpo,
apenas algo más
que un alga
en un serpentario,

equivocado,

equivocado,

arrastra la sangre,
la herejía de toda
esa sangre,
espesa como la ola
que te envuelve
y no te deja;
ni ese crucifijo
de nogal blanco
carcomido
por la luz de los años
que lo vieron presidir
las camas de nuestros
padres.

Polvo y sólo polvo,
ese crucifijo, decía,
ni siquiera puede
devolverte a la vida.

Como verás soy
cobarde,
porque recorro
todo lo que te circunda,
pero eludo puntualmente
tu rostro
ya transido de
dolor.

No sé, estás ahí,
y el jazmín permanece
inalterable,
como la rosa enhebrada de
espinas,
en el jardín que tímidamente
se divisa
del otro lado de la
ventana.

Una iglesia,
en silencio,
dialoga con
desvencijadas antenas
de televisión:

posibles receptoras
de mensajes celestes,

que distorsionan
las imágenes obscenas
de algún noticiero,

igual que tu torso,
iglesia ignorada,
que se interpone entre
mi ventana y el
campanario herrumbroso.

Tu torso contradice
las oraciones desplegadas
como un ovillo
alrededor de mi saliva.

Ambos,
iglesia y torso,
son manifestaciones
inasequibles
para la rusticidad
de mis pupilas.

Mientras el calor
desplaza
partículas de
pensamiento,

el sudario,
(non santo),
de nuestro deseo
desaparece,

como desaparece,
también,

la razón última
de nuestro
(¿amor?)

Es una rosa
de Jericó,

cada insospechada
porción
de ese espíritu
voluble,

o una rosa de los
vientos,

ese cuerpo diluido
en la inenarrable
avidez del

tiempo.

Bendición temprana
y leve.
Azar discreto.

Aparece.

Ese venturoso
cantar
de falsos acordes,
pero brillantes
y felices.

Aparece.

Brisa perfumada
en ese encuentro
fugaz.

Desaparece.

Esa expresión
se multiplica en
borrosos espejos,
cubiertos de
vapor.

Como un exánime
prestidigitador
de circo.

Ni cerrando los ojos,
en un esfuerzo
de concentración,
viene esa imagen
de catálogo
masturbatorio.

Magnífico
rey,

príncipe soberano
de toda mi
sangre.

Derrama un poco,
derrama todo,
en este vacío.

¿Quién llama,
o reclama desde lejos
esta orfandad
inconclusa?

Este desprecio neutro,
que no te nombra:

simplemente merodea
los límites imprecisos
de tu sepultura.

Soy,
o estoy siendo,
ese único fragmento,

esas partículas
alejadas de cualquier
impulso,
de todo frenesí
vital.

Igual que este
pequeño ataúd,

casi un instrumento
musical
de sorprendente
atonalidad:

“porción inanimada
de espíritu,
impregnada de
quietud”.

En este lugar,
la única certeza
se desprende
del empapelado
descolorido
(y una ligera
brisa.)

Como parte del
decorado, aporto
una débil respiración,
y unos ojos cerrados,
casi somnolientos.

Ese, ¿ soy yo?
o ¿soy otro?

—Una foto fija—

el recuerdo inmóvil
de otros rostros,

la tenue destreza,
de seres desconocidos,
en parecerse
a mí.

Una ronda de nombres
falsos
—como starlets ingenuas de
Hollywood—

La aleatoria sucesión
de barrios, urgencias
y especificidades diversas.

El registro
cuasi pornográfico,
como una espiral de voces,
pastosas, una pequeña
sinfonía
de susurros orgásmicos.
—¿tenés lugar?—
—estoy re caliente—

La aventura
de cruzar la ciudad
trazando ejes inesperados:
Barracas-Palermo
Belgrano-microcentro.

Encontrar retazos de
cuerpos,
recortes de voces
y sus
plegarias
desatendidas.

La imaginación suple
las imprecisas coordenadas
de la memoria.

Apenas sirve para armar
un torpe fantasma.

La alquímica tarea
proustiana
desde el inicio condenada
al fracaso.

Ese espacio reservado
a la melancolía
discreta.

Esas lágrimas
abandonadas
a su suerte

—sin testigos—

La música adecuada:
Joni Mitchell
desgrana
con un fraseo
levemente irónico:
"comes love, nothing
can be done"

y entonces

deviene este
torrente desordenado
y absurdo,

que pliega mi cuerpo,
y lo despoja rápidamente
de todo futuro.

Aliento
disuelto

en hipnóticos
y entrecortados
sueños.

Ese prometido
descenso,
fracasa en
su caída.

Zona indescifrable

donde un padre
muere joven y hermoso,

donde un padre
es una foto ajada,

donde un padre
dice cosas inaudibles
y se desvanece.

Hombre
había sido una palabra
heroica,
de improbable existencia.

Esa voz, esos huesos.

¿Quién?

Yo no sabía...

Mejor entre la espuma,
frágil,
había decidido ser.

Invocarlo multiplica
la hueca resonancia
de las palabras.

Imposible deshacerse
de este padre que todo
lo invade.

Nací
en la prodigalidad
de su ausencia.

Sangre,

líquido espeso.

Aire,

en el hueco
de la memoria.

Huesos.

tsunami: Voz japonesa (geol.) Término con el que se designan las grandes ondas o masas de agua en movimiento, engendradas por un terremoto o una erupción volcánica submarinas. Se originan en el fondo de las grandes fosas submarinas y sus efectos son devastadores, sobre todo si invaden la costa. A veces recorren grandes distancias (teletsunami). Por ejemplo el tsunami generado en las costas del Japón, el 16 de mayo de 1968, que tardó 14 horas en llegar a Manzanillo (México), o lo ocurrido la mañana del 1 de noviembre de 1755, día de todos los Santos, en Lisboa (Portugal), que se vio sacudida por uno de los terremotos más terribles de la historia. El Tajo se vació hasta el fondo, y gigantescas olas se abatieron sobre la ciudad, ahogando a muchos de sus habitantes. Estas olas llegaron a Noruega, Islandia, Isla Antigua y Marruecos. Cuando todo terminó, más de 60,000 personas habían perecido y dos terceras partes de Lisboa habían quedado destruidas.

Tsunami, de Alejandro Méndez se terminó de "imprimir" en Mexicali, México en enero de 2005. Se utilizaron para su composición tipografías Garamond de 10 y 12 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carlos Adolfo Gutiérrez Vidal